10436

JOSÉ RAMOS MARTÍN

SU DESCONSOLADA VIUDA

EPISODIO CÓMICO

EN PROSA, ORIGINAL

Copyright, by José Ramos Martín, 1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

15

SU DESCONSOLADA VIUDA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SU DESCONSOLADA VIUDA

EPISODIO CÓMICO

EN PROSA Y ORIGINAL

DE

JOSÉ RAMOS MARTÍN

Estrenado en el TEATRO CERVANTES la noche del 17 de abril de 1920

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1920

A Rafaela Lasheras
y Rafael Ramírez,

su admirador y buen amigo,

José Ramos Martín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOLEDAD	Rafaela Lasheras.
PETRA	María Robles Bris.
DON URBANO	Rafael Ramírez.
PAQUITO	Pedrito Guerra.

La acción en Madrid.—Época actual

Por derecha e izquierda entiéndase las del actor

SU DESCONSOLADA VIUDA

Gabinete bien amueblado, en casa de Soledad, viuda joven y guapa. Puertas laterales y otra a foro derecha. A foro izquierda, chimenea. En el centro de la escena, mesita, y, a su alrededor, dos o tres sillas volantes. Varios cuadros en las paredes. Es de día.

—

(Al levantarse el telón, PETRA, una doncellita que da la hora, subida en una escalerita de mano, está colgando en la pared del foro, encima de la chimenea, un retrato, pintado al pastel, de un bizarro capitán de infantería, de hosca expresión y torvo gesto. SOLEDAD contempla la operación.)

Sol. Cuidado, no vayas a caerte...

Petra No hay miedo. (Se baja de la escalera.) Lo que me parece es que no queda muy firme el cuadro. Hacía falta dar unos martillazos más a la escarpia, porque se menea.

Sol. ¿Dónde has puesto el martillo?

Petra Me lo he debido dejar en el gabinete cuando he ido a buscar el retrato.

Sol. (Contemplando el retrato.) ¡Qué bien está!

Petra ¿Esta parecido a como era él?...

Sol. Está hablando. Es decir, hablando no, porque si hablase, ¡qué cosas más feas me diría!... (Volviéndose hacia el retrato.) Perdóname, esposo mío. Piensa que no es mía toda la culpa. ¿Por qué me dejaste viuda tan joven?...

Petra Bien lo sentiría él, no se crea usted.

Sol. Me encuentro tan sola, tan falta de amparo, que... (Apartando la vista del retrato.) ¡Ay, tiene razón Alberto! ¡Este retrato, impone!... Desde cualquier lado en que te coloques, pare-

675204

ce que te está mirando. Por eso lo he quitado del gabinete. Alberto dice que no tiene libertad para hablarme teniéndole a él delante, y a mí me pasa lo mismo. Aquí, en la salita, como no entramos casi nunca, está mejor.

Petra (Entre dientes.) ¡Dentro de un mes, veo el retrato en la guardilla!...

Sol. ¿Qué dices?...

Petra Nada, señora. Voy por el martillo. (Suena el timbre.) ¡Ah, llaman!

Sol. Pues vete a abrir, y ya lo sabes, ¿eh?, no siendo Alberto, no estoy en casa.

Petra Ya lo sé, señora. (Coge la escalera y hace mutis por la izquierda.)

Sol Voy a decir a Manolito que se salga a jugar al pasillo con sus amigos, porque si no, van a poner el comedor como una leonera. (Vase por la derecha. Petra sale por la izquierda y hace mutis por la puerta del foro. En seguida se la oye hablar con don Urbano.)

Petra (Dentro.) Le digo a usted que no está en casa.

Urb. (Idem.) Pues a mí me ha dicho el portero que sí.

Petra (Idem.) Pero caballero... (Entra don Urbano, seguido de Petra. Este don Urbano, representa más de cincuenta años, aunque él se esfuerza en disimularlo cuanto puede. Viste con elegancia.)

Urb. (Alargando una tarjeta a Petra.) Hágame usted el favor de pasar a su señora esta tarjetita.

Petra Pero, si...

Urb. Dígale usted que necesito hablarle.

Petra Es, que...

Urb. Que se trata de un asunto que le interesa muy particularmente...

Petra Pero...

Urb. Entregue, entregue la tarjetita. Yo, aquí espero...

Petra Bueno. (Hace mutis por la derecha.)

Urb. Por lo que se ve, esta doña Soledad no vive sólo de la viudedad que cobra. Indudablemente disfruta otras rentas, porque si no, no viviría en una casa como esta, ¡que hay que ver qué casa! Ni tendría unos muebles como estos, ¡que hay que ver qué muebles! Ni una doncella como esa, ¡que hay que ver qué doncella! ¡Ah, ya sale!

(Por la derecha sale PETRA.)

Petra Caballero, la señora dice que la dispense usted, pero que no puede recibirle. Está indispuesta.

Urb. ¿Con quién?...

Petra Está mala. Tiene jaqueca.

Urb. Pues, aunque la parezca pesado, dígale usted que insisto en hablar con ella. Se trata de un asunto urgentísimo...

Petra Repito a usted...

Urb. Dígale usted que soy tío de don Alberto Iparraguirregobeitia, y que le traigo un recado suyo.

Petra ¡Acabáramos! Si hubiera usted empezado por ahí!... ¿Con que tío del señorito Alberto?...

Urb. Tío carnal.

Petra Pues espere usted un momento, que siendo cosa del señorito Alberto, enseguida saldrá la señora. (Vase por la izquierda.)

Urb. ¡Malo, malo, malo! Mis temores se confirman. Los amoríos del tarambana de mi sobrino con esta señora van ya muy adelantados. ¡Ah, pero no importa! Hoy mismo los corto de raíz. Yo no puedo consentir que esta pobre señora viva engañada, haciéndose unas ilusiones que no han de realizarse. Yo no sé lo que se proponía Alberto con esta aventura. ¡Ah, ahora si que es ella!

(Por la derecha, sale SOLEDAD.)

Sol. Caballero...

Urb. Estoy a sus piés, señora.

Sol. Perdone usted que no quisiera recibirle, pero, francamente, como leí su tarjeta y por más que recordaba, no caía en quien pudiera ser usted.

Urb. Sí, yo lo comprendo. Mi nombre no la sonaba: Urbano Javier Pulgar de Fuenterredonda.

Sol. ¿Cómo había yo de pensar que era usted tío de Alberto? Como no se pone usted el Iparraguirregobeitia...

Urb. No me lo pongo porque no me cabe en las tarjetas.

Sol. Pero siéntese usted.

Urb. Con su permiso. (Se sientan los dos. Urbano mira el retrato del marido de Soledad.)

Sol. ¿Mira usted ese retrato? Es mi difunto esposo.

Urb. Por muchos años. Digo, usted perdone. Era teniente de infantería, ¿eh?...

Sol. No, señor, capitán.

Urb. ¿Capitán?... (Se levanta, y con Soledad, se acerca al retrato.)

Sol. Sí, mire usted... (Le pisa.)

Urb. (Separándose.) ¡Ay! .

Sol. ¡Perdone usted!

Urb. ¡Ya, ya he visto las estrellas! (Vuelven a sentarse.)

Sol. ¡Ay, pobre Atenedoro!...

Urb. ¿Y hace muchos años que murió?...

Sol. Once.

Urb. Cómo pasa el tiempo, ¿eh?...

Sol. Once, once... ¡En fin, hablemos de otra cosa!

Urb. Tiene usted razón.

Sol. Pues usted dirá...

Urb. (Después de lanzar varias miradas al retrato del malogrado Atenedoro.) Sí, sí. pues... ¡Con el permiso de usted, me voy a sentar a ese otro lado, porque aquí parece que me está enfilando la mirada su difunto, y, francamente, como soy un poco nervioso!... (Se traslada de sitio.)

Sol. Siéntese usted donde quiera, pero le advierto a usted que desde todos los sitios le pasará igual. Tiene esa particularidad ese retrato.

Urb. (Comprobándolo.) Sí, sí, en efecto. ¡Vaya, pues con el permiso de su difunto! (Vuelve la silla y se sienta de espaldas a él.) Así. ¡A mí no me chincha Atenedoro!

Sol. ¿Decía usted?...

Urb. Entonces quedó usted viuda muy joven...

Sol. En la flor de mi edad. Murió cuando más falta me hacía.

Urb. Un marido hace falta siempre.

Sol. Pero más aún a la que, como yo, se encontraba sin padre, sin madre y sin parientes.

Urb. (Aparte.) ¿Será inclusera esta señora?

Sol. Al morir mi esposo, figúrese usted en el estado en que quedé.

Urb. Ya me lo figuro: viuda.

Sol. A los ocho meses justos, tuve un niño.

Urb. ¿Tan pronto?

Sol. ¿Cómo?...

Urb. No, nada, nada. ¡Ahora comprendo en el estado en que quedó usted!...

Sol. La familia de mi marido, que nunca me

había mirado con buenos ojos, al quedarme viuda cortó en absoluto sus relaciones conmigo, y ni siquiera vino a mi casa cuando nació mi hijo.

Urb. ¡Qué gentes!...

Sol. Ya ve usted. Su conducta no tenía justificación.

Urb. Tal vez les pareciese mal que no hubiese usted esperado a que se pasase el luto.

Sol. ¿Pero qué dice usted?

Urb. Nada, señora: una tontería. Comprendo que hay cosas que no pueden retrasarse.

Sol. Usted no sabe lo amargo que fué aquel trance para mí.

Urb. Me lo figuro, aunque, a Dios gracias, no me he visto nunca en esos trances.

Sol. He sufrido mucho, caballero. La desgracia me ha perseguido siempre. En fin, bastará con que le diga a usted que desde la temprana edad de los veinte años pertenezco, en concepto de viuda, a las Clases Pasivas.

Urb. ¡Pobre, tan joven y ya pasiva!...

Sol. Mi único consuelo es mi hijo, mi Manolito. Si viera usted qué guapo es. Luego le haré entrar para que usted le conozca. Está jugando con unos amiguitos del colegio que han venido a pasar la tarde con él. ¡Pobre hijo mío! También ha sido muy desgraciado. ¡Nacer ya huérfano!...

Urb. Es verdad, que ese niño no ha conocido a su padre.

Sol. ¡Ni de vista, caballero! Pero hablemos de otra cosa, porque le estoy a usted entristeciendo con mis desventuras.

Urb. Nada de eso, señora. (Rectificando.) Es decir, sí... Bueno, hablemos de otra cosa.

Sol. Pues usted dirá cual es el objeto de su visita. Me ha dicho mi criada que venía usted a traerme un recado de Alberto.

Urb. Justo.

Sol. ¿Y qué es ello?...

Urb. Pues, verá usted... verá usted... ¡Ay, no sé cómo empezar!...

Sol. Me intranquiliza usted. ¿Es algo grave?...

Urb. Gravísimo, señora.

Sol. (Alarmada.) ¿Qué ocurre?... Me asusta usted. (Mostrándole el brazo.) Mire usted, se me ha puesto la carne de gallina.

Urb. ¡De gallina! ¡Y todo por ese pollo!...

Sol. Acabe usted. ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

Urb. No, no es eso.

Sol. Entonces...

Urb. Veo, señora, que está usted muy enamorada de mi sobrino.

Sol. Enamoradísima don... don..,

Urb. Urbano Javier, para servirla...

Sol. (Con vehemencia.) Enamoradísima, don Urbano Javier, para servirme. Entre todos los hombres que, desde que quedé viuda, me han hecho la corte, sólo Alberto consiguió interesarme. ¡Me habló de su cariño con un calor!... ¡Vi una sinceridad tan grande en sus palabras, que al fin me rindió! Una es joven todavía, una tiene sus ilusiones, una quiere que la quieran... Y, además, ya lo dice el refrán; el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla..

Urb. ¡Y por lo que veo el soplido del diablo ha sido un ciclón!

Sol. Pensamos casarnos el mes que viene!...

Urb. ¡Ay, señora, yo lo siento mucho; pero la voy a dar a usted un golpe!...

Sol. (Asustada.) ¡Caballero!

Urb. Un golpe moral.

Sol. ¡Ah!...

Urb. Pero crea usted que me duele más que si fuera físico. ¡Ah, señora, me ha sido usted tan simpática, que preferiría darle a usted un azote!...

Sol. ¡Caballero!

Urb. Hablo en metáfora.

Sol. (Más intranquila cada vez.) Hable usted claro. ¿Qué ocurre?

Urb. Ocurre que no puede usted casarse el mes que viene con Alberto, ni el otro, ni el otro, ni el otro...

Sol. ¿Por qué?...

Urb. ¡Ah, señora! Mi sobrino mintió al hablarla a usted de su cariño, mintió al pintarla un porvenir halagüeño, mintió al prometerla que se casaría...

Sol. Entonces, Alberto...

Urb. Es un mentiroso, señora.

Sol. ¿Y por qué no se casará?...

Urb. Porque... porque... es casado.

Sol. (Aterrada.) Casado... ¡Qué horror! (Se levantan.) (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy, don... don...

Urb. Urbano Javier, para servirla.

Sol. ¡Qué desgraciada!...

Urb. Llore, llore, desahóguese...

Sol. (Se echa en sus brazos llorando.) ¡Ay, caballero!

Urb. (Halagado al tenerla tan cerca.) ¡Ay, señora!...

Sol. Yo creí que era sincero su amor y le fui tomando cariño...

Urb. (Procurando aprovecharse de la proximidad de Soledad.) Hizo usted mal.

Sol. Póngase usted en mi caso. Cuando tanto la porfían a una... ¡Qué demonio, una no es de piedra!

Urb. ¡Pues lo parece!... Digo... (Para sí.) No tiene mal gusto Albertito.

Sol. (Separándose.) ¿Qué dice usted?...

Urb. Que no se desespere. No merece mi sobrino que una mujer como usted, llore por él.

Sol. Tendré entereza. Apuraré hasta la última gota del dolor.

Urb. Apure, pero no se apure. Hay muchos hombres, y aunque dicen que abundan ustedes más y que cada uno tocamos a siete mujeres, ya sabe usted que también hay mujeres que tocan a más de uno.

Sol. ¿Cómo podré fiarme ya del cariño de nadie?...

Urb. Poco a poco se irá cicatrizando esa herida, y en su corazón nacerá otro amor... (Acercándose más a ella.) Sí, estoy seguro de que nacerá otro.

Sol. Yo, que le quería tanto... (Se sienta.)

Urb. Todo ese cariño se convertirá en odio.

Sol. No, eso no. Me ha engañado, me ha ofendido, pero le perdono, porque tengo un corazón que no me cabe en el pecho...

Urb. ¿No la cabe?... ¡Qué corazón más grande debe usted tener, señora!... Vamos, seguese usted esas lágrimas y no se desespere. Usted, puede aspirar a otro partido más ventajoso. Usted se merece mucho más que un sobrino; usted se merece un tío... un hombre que la quiera de veras. Un hombre que la acompañe... Porque es horrible su soledad, Soledad...

Sol. (Ruborosa.) Caballero...

Urb. Eso: un caballero que se mire en sus ojos

y satisfaga al momento los caprichos de usted.

Sol. Yo sólo quiero un padre para ese niño.

Urb. Para ese niño y para otros... y para otros momentos de su vida tan triste como éste tener a su lado una persona que la defienda.

Sol. Pero...

Urb. Sí, Soledad; a mí me ha conmovido el relato de sus tristezas, me ha indignado la infamia de mi sobrino, me ha llegado al alma el dolor de usted y me... me.. ¡Ay, Soledad!

Sol. (Se levanta.) Le suplico que calle. Hágase usted cargo de mi situación... Reconozca usted que no es este el momento oportuno... Después del desengaño que he sufrido... (Volviéndose hacia el retrato de su difunto.) ¡Ay, Atenedoro, Atenedoro!... ¿Por qué te fuiste tan pronto de mi lado? ¿Por qué me dejaste tan sola, expuesta a los asedios de los hombres?

Urb. Señora, Atenedoro, desde el cielo, donde estará... y allá nos espere muchos años, apreciará seguramente en lo que vale, la amistad que la brindo y la protección desinteresada que la ofrezco. (Volviéndose también hacia el retrato.) ¿Verdad, Atenedoro?... (Los temores que abrigaba la doncellita se confirman, y en este momento se desprende la escarpia y el retrato cae al suelo con estrépito. Don Urbano, asustado, retrocede.)

Sol. ¡Ay!...

Urb. ¡Caracoles!...

Sol. (Recogiendo la vera efigie de su difunto.) Tenía razón Petra... Se movía la escarpia.

Urb. ¡Rediez, con Atenedorcito!...

Sol. No se ha roto, no...

Urb. ¡Qué lástima!...

Sol. ¿Cómo?...

Urb. Nada, nada... Yo me retiro, señora. Si usted me lo consiente, volveré mañana a tener el gusto de ponerme a sus órdenes...

Sol. Yo no sé qué decirle... Estoy tan escarmentada de...

Urb. Volveré mañana a las siete.

Sol. (Rápidamente.) No, de venir venga usted a las cuatro, porque a las seis tengo que ir a casa de la modista.

Urb. A sus órdenes, señora. (Le da la mano.) Hasta mañana a las cuatro menos cuarto.

(En este momento sale por la puerta de la derecha

PAQUITO y se oculta tras una de las sillas. Este Paquito es un niño de diez o doce años.)

Paq. Orí...

Sol. Pero, niño...

Paq. (Saliendo de su escondite.) Es que... (Al ver a don Urbano se dirige hacia él.) Anda, ¿pero estás tú aquí, papá?... ¿Vienes a buscarme ya para ir a casa?...

Urb. (Azoradísimo.) No, yo no...

Paq. El niño de esta casa, que es compañero mío de colegio, me ha dicho que viniera a pasar la tarde con él. Yo he pedido permiso a la abuela, y me lo ha dado...

Urb. (Sin saber qué decir.) ¡Qué rico!...

Paq. ¿No te enfadas, verdad?...

Urb. (Acariciándole, con las de Caín.) No, monín,..

Voz (Dentro.) Paquito...

Paq. Voy, voy... Ha venido mi papá... (Vase Paquito por donde entró.)

Sol. Pero...

Urb. (Sin saber qué decir.) Je, je...

Sol. ¿Es de usted ese niño?...

Urb. Sí, señora... y de usted...

Sol. ¿Cómo?...

Urb. Quiero decir...

Sol. ¿Es usted también viudo?...

Urb. Todavía no... y crea usted que lo siento...

Sol. Entonces es usted casado...

Urb. Sí, señora: por muchos años...

Sol. Oh, salga usted de aquí...

Urb. Señora, quedo a sus piés. (Hace mutis por la puerta del foro.) Buena plancha.

Sol. ¡Casado también!...

Todos, todos son iguales,
nos traicionan, nos engañan..
Y aun suelen decir algunos
que nosotras somos malas... (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de José Ramos Martín

Madrecita.—Cuadro de comedia en prosa, original.

El nido de la paloma.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

La leyenda del maestro.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

El redil.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

Hormiguita.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

Gramática parda.—Entremés en prosa, original.

Las madreselvas.—Comedia en tres actos y en prosa, original.

Esta noche es Nochebuena...—Fantasía de Navidad en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso, original. Música del maestro Gerónimo Giménez.

Los inculpables.—Drama en tres actos, divididos en cuatro cuadros y epílogo, en prosa, original.

Tras Tristán.—Historieta cómico-lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, original. Música del maestro Gerónimo Giménez.

Abejas y zánganos. (*)—Humorada cómico lírica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original. Música del maestro Gerónimo Giménez.

Cartas son cartas.—Diálogo en prosa, original.

Soleares.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, original. Música del maestro Gerónimo Giménez.

Leona.—Comedia en tres actos y en prosa, original.

La pelusa o El regalo de Reyes.—Sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original. Música del maestro Jacinto Guerrero.

Su desconsolada viuda.—Episodio cómico en prosa, original.

(*) En colaboración con Emilio Ferraz Revenga.

PRECIO: UNA PESETA